

Estado debe realizarse. La libertad nunca encontró mayor tropiezo que en la libertad de pensar y decir sin fe. No existe una libertad individual si no es colectiva, sólo posible dentro de creencias comunes o valores históricos tradicionales. No pretendo, me dice el señor Gentile, introducir la enseñanza del catecismo ni convertir a los maestros en sacerdotes. Los dogmas, científicos o religiosos, son liberticidas; pero considero necesario cultivar el sentimiento religioso que en Italia debe ser católico, simplemente porque dentro del catolicismo se ha desenvuelto la vida de la península, conservando dentro de él, los rasgos inconfundibles de una individualidad que ya cuenta muchos siglos de historia.

«En octubre del año pasado ¿sabe usted? la situación de Italia era insostenible. Sobre las torres de los edificios flameaba la bandera roja; la bandera tricolor era pisoteada en las calles; grupos de comunistas impedían el acceso a las iglesias; se apedreaba a los automóviles, se asesinaba y escupía, en los balnearios y plazas, a los oficiales que ostentaban sobre sus pechos la cruz de guerra... Los hijos renegaban de lo que había costado a sus padres mil años de sacrificio y de esfuerzo, muertos los sentimientos por el odio y la locura; comenzaba el régimen del terror, tolerado por ministros débiles o que pretendían especular con un estado cuyas consecuencias eran temidas por los mismos ases del movimiento. Al comenzar el incendio, apareció el fascismo, es decir, después del momento de sorpresa y de estupefacción, la cultura secular de Italia, el genio de la raza, sus tradiciones, la historia, en fin, de dos mil años de vida fecunda; el gesto de repugnancia contra los desnaturalizados; la soberanía de las cosas... Caracterizada, dije, en los rasgos enérgicos que Mussolini presenta en los retratos y discursos, llenos de pasión por la Italia nueva, la de los combatientes y mutilados; la de los millones de ciudadanos que han hecho la guerra y una conciencia nacional que, según nuestro jefe, debe depurarse, puesto que en ella hay todavía escorias y viejas preocupaciones. Las dictaduras son temibles; reapariciones atávicas...»

—Que los extravíos del hombre justifican; correcciones al sistema de las fugas que Juan Bautista Vico había descubierto hace tres siglos. En Italia, llevando a los ánimos la tranquilidad perdida y al gobierno la honestidad que era una ficción, asume la forma activa de la defensa de la vida y del derecho a la vida.

—Los extremistas, en efecto, después de una obstrucción estéril.

—Que en Caporetto pudo ser fatal.

«Dieron pruebas de ineptitud en dos momentos decisivos: en la comuna de Milán, endeudando el municipio en sumas fabulosas sin obras visibles; y al frente de las fábricas (llamada la tolerancia experimental de Giolitti), sin arbitrar medios para que continuaran produciendo. Ante las perspectivas del desastre evidente, para un pueblo de mentalidad ágil como el italiano, faltó la fe, advirtiéndose, con ojos espantados, locos donde suponía genios. La reacción fué un relámpago. Contra el peligro no hubo más que un partido, el de la nación...»

«Ocupado en restaurar valores y curar el espíritu del mal de las utopías, que en nombre de la libertad asesinaban las libertades. Así se explicará usted por qué el gobierno ha repuesto las banderas en los edificios y el Cristo en las escuelas, recordando el imperio de un antiguo decreto en desuso que ordenaba colocarlo entre las imágenes del rey y la reina. Otro decreto, no derogado, pero caído también en desuso, establecía la enseñanza de la religión después de las horas de clase, a los niños que la solicitaran. Pero el consejo establecerá, no una enseñanza, sino una educación del sentimiento católico, de la que podrán excluirse los que no la deseen, impartida por los mismos maestros. Por otra parte, soy consecuente con los ideales profesados cuando no pensaba ser ministro; la escuela de nuestro país nunca será una verdad mientras el alma del niño, a quien no pueden exigirse razonamientos, no pase por los estratos profundos del alma nacional, especie de agua lustral destinada a definirlo como porción de esa alma, un juego de fuerzas necesario a la vida del sistema. No soy un fariseo del idealismo, como alguien ha dicho en su país. Llevo a la práctica un ideal alimentado durante toda mi vida y sostenido con entereza en congresos y libros, en épocas en que se pensaba de otra manera.

—Entiendo, señor ministro, que van a reformarse...

—Tenemos 160 escuelas normales que gradúan un exceso de maestras y de postulantes. Las reduciremos a 85 mixtas, no privando a las ciudades de estos centros de cultura, únicos para la educación media de la mujer, sino transformando el carácter de la enseñanza; tal vez adoptando el programa de los gimnasios.

—¿También éstos sufrirán modificaciones?

—Se suprimirán el gimnasio y el liceo modernos; restableceremos los clásicos, pero con cuatro años de estudio el primero y cuatro el segundo.

Sería difícil en los momentos actuales debatir acerca de la argumentación fácil y serena del ex-catedrático de filosofía, autor de la teoría del espíritu

como acto puro y de estudios profundos sobre Platón, Santo Tomás de Aquino, Hegel y Rosmini, sin hacer crítica ni controversia, sino análisis y razonamiento. Los hechos parecen estar de su parte. ¿Es una situación distinta de la nuestra? ¿Tiene, esta educación religiosa, una trascendencia? ¿Aquí? ¿Allá? El problema exige detención; Mussolini acaba de declararla como una necesidad política y sobre todo moral para un pueblo culto como Italia. He visitado algunas escuelas y gimnasios, donde vi Cristos crucificados, en la dirección y en las aulas, sin que preocuparan mayormente a los alumnos y catedráticos. El liceo Vittorio Emanuele, de Nápoles, uno de los 43 internados oficiales, con 200 pupilos y 600 externos, no tiene imágenes en las aulas, pero en la capilla se dice misa los domingos, desde que lo fundaron.

Los maestros no comentan cosas a las que están habituados o no les dan importancia. Ciertamente no nos agradecería ser catedráticos de catecismo —me decía una directora—. La laicidad robusta y *custode*, la encontré en las plazas y calles; en los mil bustos del Pincio; en las mil estatuas que ocupan el exterior de los palacios públicos; en los mil monumentos de los paseos, seculares e inmortales, donde el joven tropieza a cada instante con los nombres de Sócrates, Platón, Arquímedes, Séneca, Santo Tomás, Dante, Vico, Colón, Galileo, Giordano, Maquiavello, Rafael, Romano, Boccaccio, Tasso, Canova, Gioberti, Manzoni, Carducci y con cuantos han contribuido con el genio o algún esfuerzo a engrandecer a Italia, pródiga en reconocer méritos que el niño lee con unción desde la piedra que le sirve de descanso, después de haber jugado media hora al arco por los caminos. Esa escuela de los manes al aire libre, del arte y de la historia, del respeto y de la gratitud, ha formado la fe y educado el sentimiento que, encarnado en el fascismo, en la hora del peligro, opuso el valor de sus propias obras a los que, en un momento de extravío, olvidaban que Italia seguía viviendo el genio de sus antepasados.

VÍCTOR MERCANTE

(La Prensa, Buenos Aires).

